

ELECCIONES EUROPEAS 2024

Un horizonte ideal para la paz



4 de junio



19:30 horas



Salón de Actos
de la Fundación
Pablo VI

Paseo Juan XXIII,
3, 28040, Madrid

Participan

Luis Argüello

Arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española

María Teresa Compte

Profesora de doctrina social de la Iglesia

José Luis Restán

Periodista y presidente de Abside Media

Modera

Juan Sánchez Corzo

Abogado y presidente de la Compañía de las Obras en España



Introducción

Juan Sánchez Corzo: Buenas tardes y bienvenidos a este encuentro convocado por la Compañía de las Obras para presentar y dialogar en torno al manifiesto que hemos publicado tanto en Italia como en España, que lleva por título 'Un horizonte ideal para la paz'. La Compañía de las Obras (CDO) es una asociación sin ánimo de lucro, una de las muchísimas iniciativas que han nacido del carisma de Comunión y Liberación. Tiene como misión promover y tutelar la dignidad de las personas en el contexto social y especialmente en el trabajo, a través del impulso de obras sociales y de empresas, favoreciendo una concepción del mercado y de sus reglas que comprenda y respete al ser humano como persona en todos sus aspectos, dimensiones y momentos de su vida. Tuvo su origen en Italia en los años 80 y en España en los años 90, extendiéndose también por Latinoamérica. En nuestro país cuenta con unos 150 socios entre empresas, obras sociales y trabajadores particulares.

¿Por qué hemos propuesto este manifiesto? Porque nuestra experiencia de fe nos empuja a comprometernos con todo, y la política no es una excepción. Un compromiso que toma como punto de partida la experiencia que hacemos. Dentro de nuestra asociación, como digo, hay entidades de distinta índole que se mueven en múltiples sectores a todos los niveles y, como parte de la sociedad civil, tratamos de aportar nuestra visión de las cosas.

¿Qué es lo que ha dicho el manifiesto que presentamos hoy? Lo resumo brevemente: tiene dos ideas destacables. La primera sitúa la paz en el centro, en el primer plano; evidentemente, estamos viviendo una circunstancia que lo requiere. La segunda, qué persona vive la paz o no vive la paz, qué concepto de persona es la que está detrás de este manifiesto y de nuestra visión del mundo. No es la del individuo aislado, que tan de moda está actualmente, sino la de la persona como relación, como capacidad de relación. Y para dialogar sobre este manifiesto, tenemos a tres invitados a los que ya de entrada agradezco su presencia: el primero, monseñor **Luis Argüello**, arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal; **María Teresa Compte**, profesora de Doctrina Social de la Iglesia; y **José Luis Restán**, periodista y presidente de Ábside Media.

Antes de daros espacio para que podáis intervenir, simplemente quiero dejar constancia de que estamos en la **Fundación Pablo VI**, que lleva por nombre el de este papa santo que, desde luego, pensó mucho en Europa y, en concreto, en una Europa unida y pacificada. En los años de su pontificado, dijo y escribió mucho sobre el proyecto europeo.

Intervenciones

Juan

Teresa, empiezo por ti. Hago una brevísima introducción: en el año 2022, tras la pandemia y el Brexit, la Comisión Europea propuso un nuevo modelo de crecimiento sustentado en la transición ecológica y digital. Era esta una propuesta verde, digital, resiliente y geopolítica de una Unión en búsqueda de su autonomía estratégica. No solamente hablaba de seguridad y defensa, también de tecnologías, de materias primas, de comercio, de muchas cosas.

La respuesta de la UE quizá ha sido netamente economicista; estamos muy centrados en lo económico, lo que es sin duda reflejo de una cierta concepción de la persona, que no parece que sea la misma que late en la *Fratelli Tutti* o en la *Laudato Si'*. Por otro lado, están en auge los populismos, que no parece que sean fans de Europa o, por lo menos, no la reclaman con mucha intensidad. Pero, en cambio, sí le piden muchas cosas, como si tuviera que resolver todos los problemas que tenemos en los Estados miembros, cosa que, sin embargo, no pueden hacer precisamente porque no tienen esa competencia.

Lo que te quiero preguntar, ya de forma muy amplia después de esta introducción, es: ¿la doctrina social de la Iglesia, qué luz arroja al desarrollo de la Unión Europea?

Teresa

Bueno, lo primero es daros las gracias a todos y a cada uno, aunque no os conozca a todos, por invitarme a ser parte de este encuentro y poder compartirlo con monseñor Luis Argüello y con mi buen amigo y jefe, además, José Luis Restán.

No voy a ser muy espontánea porque tengo un papel en la mano; no quiero decir más que aquello que he pensado decir, ni menos tampoco.

Yo creo que interpreto bien, si no me lo decís, si subrayo que la estima mutua y la amistad operativa son dos de los motores espirituales que os mueven a encontraros hoy aquí, como una compañía de amigos que se reúnen para presentar un manifiesto. Os agradezco, os lo decía de corazón, que hayáis querido sumarme a este propósito y que juntos podamos compartir la convicción de que la familia humana no es más, pero tampoco menos, que una comunidad familiar y de amistad, que, parafraseando a la *Deus Caritas Est*, no puede ser indiferente a la suerte de los hombres y las mujeres que la constituimos.

Creo que lo que nos preocupa a los que estamos aquí hoy, y lo que nos ocupa, además, es lo que acontece en una parte de esa familia humana, de esa comunidad familiar y de amistad que es Europa, y de manera concreta los 27 pueblos cuyos estados constituyen la Unión Europea. Hablo de pueblos y lo hago conscientemente porque el sujeto político de Europa, de la Unión Europea, no son ni las naciones ni los estados, sino los pueblos. El pueblo, un pueblo consciente de sus libertades, de sus derechos y de sus deberes, es precisamente el que articula, o el que debería articular, la construcción de un orden político de convivencia pacífica. Yo creo que este es el fin último de la política: la constitución, el fomento, el desarrollo de relaciones pacíficas de convivencia, y este debería ser el fin al que se subordinara la Unión Europea.

La razón de este proyecto no debería ser otra que la protección de la dignidad y los derechos humanos; la condición de existencia de la Unión Europea no puede ser otra que la justicia; el motor espiritual de este proyecto no debiera ser otro que la amistad cívica; y el fin al que se orientara este proyecto de convivencia debería ser la búsqueda del bien común.

El pueblo es y debe ser la sustancia de este proyecto, pero ese pueblo del que hablo no tiene nada que ver con la idea de pueblo que

manejan precisamente los populistas. Si acudimos a la filosofía del gran pensador que fue Jacques Maritain, tal como lo expone en su obra *El hombre y el estado*, el pueblo debe tener en sus manos el ejercicio pleno de todos sus derechos de autonomía y de autogobierno, así como todos los medios que sean legítimos y necesarios para el debido control que hay que realizar sobre los estados y sobre los gobiernos. La complejidad de este proceso, que sin lugar a dudas es de la que habla el manifiesto que hoy presentamos, si me sumo al nosotros, exige, precisamente para que se articulen esas relaciones pacíficas de convivencia, medios que hagan posible alcanzar el bien común de todos los pueblos de este proyecto europeo y exige al mismo tiempo que quienes constituyen o conforman esos pueblos puedan vivir de manera civilizada, por lo tanto acorde con su dignidad, gracias a las garantías que otorga el trabajo, la posesión de los bienes, el ejercicio de los derechos civiles, el ejercicio de las virtudes cívicas y, sin lugar a dudas también, el fomento de su espiritualidad.

Esto exige el uso de medios justos y adecuados al fin que se persigue y esta probablemente es una de las claves, de las cuestiones más importantes de la doctrina social de la Iglesia: la moralidad de los medios, la racionalidad moral de la política, la dimensión justa y adecuada de los medios para la persecución de los fines políticos. Esta cuestión concreta, la de la racionalización moral de la política o la de la moralidad de los medios, me permite plantear dos cuestiones que son las que quiero compartir hoy con vosotros y que, en mi humilde modo de ver, se han convertido para nuestras sociedades, quizás también para nosotros, en tentaciones.

La primera es la tentación del maquiavelismo. Disfrazado bajo la falsa apariencia de la búsqueda de un bien mayor, corremos el riesgo de buscar la conquista del poder de manera inmediata e ilusoria, negando que la bondad del trigo solo se manifiesta en el transcurrir del tiempo.

La segunda de las tentaciones es la subordinación de lo espiritual a lo político. Nada hay más extraño a nuestra tradición cristiana que creer o defender que los principios que inspiran nuestro obrar político y las normas que deben regular la convivencia son derecho revelado. La política, y voy a citar al cardenal Ratzinger, no pertenece a la esfera de la teología sino de la ética. Aludir a esta segunda tentación me permite cerrar esta intervención recordando a un buen amigo, que también lo era de muchos de vosotros, Eugenio Nasarre. De este tema, del primado de lo espiritual, hablamos Eugenio y yo largo y tendido la última vez que tuve la suerte de desayunar con él y mantener una larga conversación. Una y otra vez, aludía en esa conversación y en

otras ocasiones al desastre que Maurras, los suyos y quienes hoy pretenden emularle, han causado a la tradición espiritual europea y, por supuesto, a nuestra Iglesia. Si me permitís que os lo diga, me lo digo también, no caigamos en esta tentación. Solo la amistad cívica y el amor pueden promover la paz. Como escribió Maritain: "Nunca fue el exceso de amor lo que hizo fracasar a los hombres políticos; sin amor y sin generosidad, el resultado regular es siempre la ceguera y el error de cálculo". Esta es la verdadera acción política de un cristiano que no es ni clerical ni teocrática, sino plenamente humana. Gracias.

Juan:

Teresa, muchas gracias. José Luis, la conferencia que tuvo lugar denominada 'Futuro de Europa en Marcha' quiso dar voz a los ciudadanos para que hablasen sobre sus preocupaciones. Benedicto XVI dijo en la sede de Naciones Unidas en una ocasión que *el modo de construir en las relaciones internacionales para la Iglesia Católica es un modo en que se permita a cada persona y a cada pueblo percibir que son un elemento capaz de marcar la diferencia*. Digo yo que este "marcar la diferencia" contiene precisamente los principios de la dignidad absoluta de la persona y de la subsidiariedad, tan protagonistas en la doctrina social de la Iglesia. La Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea, con motivo de las próximas elecciones (luego citaré nuevamente este documento), ha invitado además enérgicamente a los cristianos a que nos comprometamos en el proyecto de la Unión Europea, sabiendo que no es perfecta y que muchas de sus propuestas políticas y legales no están en línea con los valores cristianos y con las expectativas de muchos de sus ciudadanos. ¿Cómo implicarnos? ¿A qué se nos llama en la aventura europea?

José Luis:

Buenas tardes a todos. Pues se puede uno implicar de muchas maneras y depende de cuál sea, digamos, el suelo nutricio del que uno parte y cuál sea la orientación vital que uno tiene, para implicarse de una manera o de otra. Estando aquí como estamos, en el contexto de este manifiesto y de la experiencia civil de construcción de obras y también de seguimiento de un ideal de vida, que es lo que implica la Compañía de las Obras, yo digo claramente que respondo a la pregunta de cómo implicarnos desde una doble condición de ciudadano y de cristiano. Como diría Pablo, yo también apelo al César. Lo primero es ser realista, porque si somos ciudadanos y somos cristianos significa que tenemos que mirar la realidad, no hacer una idealización, que, por cierto, es una cosa muy típica cuando se habla de la Unión Europea y especialmente entre nosotros, los cristianos.

Entonces, lo primero que hay que tomar conciencia es de que efectivamente el contexto cultural y ético, por decirlo con las palabras de Teresa, en el que nace la Unión Europea es muy diferente del actual. Y hay un dato muy claro: si en aquel momento inicial, en aquel momento original, el cristianismo en sus diversas facetas —católico, protestante, ortodoxo según las zonas de Europa en las que estuviéramos y más allá de cómo fuese vivido personalmente por cada uno de los ciudadanos de esa Europa de aquellos años— era como el tejido, el *ethos*, dirían los filósofos, ese tejido profundo que inspiraba todo. No puede ser casualidad que los famosos que siempre invocamos, Adenauer, Schuman, De Gasperi, eran católicos todos y dos de ellos están en proceso de canonización. No será casualidad.

Ciertamente, si ahora miramos la realidad del liderazgo europeo, no es así, y tampoco es casualidad porque ha habido una evolución grandísima. Entonces, lo primero es, como bien dicen los obispos en esa declaración a la que te referías, levantar acta de este cambio cultural profundísimo que ha experimentado Europa, quizás más que otros continentes y a una velocidad mucho mayor. Esto hace que muchas de las legislaciones, de los reglamentos y hasta de las narrativas, diría yo, de las instituciones europeas —y no hablo solo de las instituciones, sino también de la propia sociedad civil europea, de los medios de comunicación, de los centros de cultura— estén muy alejados de lo que es esa tradición cristiana en la que todavía nosotros nos reconocemos y en la que queremos no solo reconocernos, sino encarnarla y vivirla hoy, muchos años después de aquel inicio.

Entonces, la pregunta es: si esto es así, si se ha producido este cambio, ¿nosotros nos hemos quedado fuera de juego? ¿Nosotros nos tenemos simplemente que enfadar? ¿Nuestro modo de implicación, según tu pregunta, es simplemente oponernos? Que es una cosa legítima, y que hay cosas a las que hay que oponerse, es evidente. ¿O simplemente tenemos que resistir? Y hay cosas frente a las cuales es justo y necesario resistir. Ahora, ninguna de todas estas cosas que parcialmente pueden tener su verdad, para mí explican el modo bueno, justo y saludable de implicarnos hoy. Tenemos que implicarnos con una conciencia, con un realismo grande sobre el contexto en el que nos tenemos que mover y, al mismo tiempo, con una capacidad creativa, con un coraje, con una libertad y sin ningún complejo de inferioridad.

Quisiera decir una cosa: a veces los católicos damos por supuesta una imagen de Europa que es totalmente ideal, pero que no existió nunca, ni siquiera en la Edad Media, que diríamos que es donde el ideal de un cristianismo que lo empapaba todo más se podría acercar. Hubo

grandísimas contradicciones y cosas muy contrarias al evangelio. Esa Europa de las catedrales, que es maravillosa, no existía de manera pura, no existía como una burbuja en el aire; era una Europa atravesada por mil circunstancias, contradicciones, guerras, injusticias, y el cristianismo siempre fue una tensión, una educación, siempre fue un intento, algún maestro nuestro diría un intento irónico, de construir mejor, de hacer una humanidad mejor, de llegar a esa amistad cívica de la que hablaba Teresa. Sí, pero nunca se consiguió del todo, siempre fue un intento. También nosotros ahora podemos hacer ese intento.

Hoy, un eurodiputado al que entrevistaban en el ABC decía: “porque somos hijos de la Ilustración”. Y digo: sí, eso es verdad, somos hijos de la Ilustración para bien y para mal, pero no solo; somos hijos de más cosas, somos hijos de la tradición cristiana, de los monasterios de San Benito, somos hijos de la tradición griega, somos hijos del derecho romano, somos hijos de los árabes. Aquí, en España, lo sabemos muy bien. Es decir, que somos hijos de muchas cosas que se han mezclado y en cada momento ha sido preponderante una u otra. Pero lo propio de la tradición europea no es afirmar una identidad cerrada, completa, que ha conquistado para siempre sus valores y ya está, se acabó y luego hay que defenderlo como una fortaleza. Lo propio de Europa es la apertura; la fuerza de la identidad europea es haber sabido beber de fuentes que le venían de lejos. El cristianismo no era europeo, era medio oriental, vino de Palestina. Europa lo asumió, lo asimiló más rápido y más intensamente que otros lugares del mundo, por lo menos en un primer momento.

Necesitamos el realismo de la fe para leer este momento histórico sin nostalgias de la antigua cristiandad europea, que no voy a decir nada contra ella, simplemente fue un momento de la historia que tuvo muchas cosas muy hermosas, muy bellas y cosas no tanto. Y ahora vivimos otro momento que tiene muchas incomodidades, muchas asperezas, muchos aspectos que nos rechinan, pero en el cual, también, el cristianismo tiene hoy una posibilidad. Tenemos que salir al encuentro del corazón humano que sigue buscando, como buscaban los griegos, como buscaban los romanos, aquellos griegos que encontró Pablo y a los que habló en el areópago. Pues nosotros tenemos que encontrar también los lenguajes de Pablo para hablar en el areópago de hoy, que no será en Atenas, a lo mejor es en Berlín, en Londres, en París, en donde sea. Tenemos que ser capaces de generar nuevas formas de presencia, no quedar simplemente anquilosados en lo que ya conocíamos, y me refiero tanto a formas políticas, partidos, instituciones, como formas culturales. Y tenemos que ser también capaces de trabajar con otros, que no son “de los nuestros”, si es que se puede hablar así. Ya sabéis que San Agustín decía que algunos de los

que creemos que son de los nuestros luego se demuestra que no lo son tanto y algunos que creíamos que eran de los otros resulta que eran más nuestros de lo que creíamos. O sea que siempre hay que tener esta mirada un poquito abierta, flexible.

¿Qué podemos pedir a la Unión Europea y qué no le debemos pedir? A mi modo de ver, tú te has referido a eso hace un momento. Yo en esto soy, y a lo mejor es una presunción decir esto, muy agustiniano y, por tanto, muy ratzingeriano. Y al Estado y a sus construcciones estatales, porque la Unión Europea al final es una construcción política, no es un Estado como tal, pero se va dotando de una cierta forma de gobierno, tiene un parlamento que es lo que vamos a votar el domingo, etcétera. Lo que le podemos pedir es, primero, la libertad, esto es fundamental. Primero, la libertad. Segundo, una mínima seguridad, una garantía de seguridad, porque donde no hay política, donde no hay Estado, cunde la arbitrariedad, cunde la ley de la selva y no queremos la ley de la selva, como cristianos no queremos la ley de la selva. Por eso Agustín quería el Imperio, evidentemente veía todos los defectos del Imperio, pero pues es lo que había. Ahora tenemos la Unión Europea, que puede ser mejorada, cambiada, modificada. Y podemos pedirle un sistema razonable de bienestar, que tiene que ver con esa cohesión social, en la que Europa, con todos los defectos enormes que tiene, con todo el cansancio que arrastra, sigue siendo un lugar del que ya quisieran gozar la inmensa mayoría de nuestros hermanos, los hombres y mujeres que vagan por el mundo. Es que a veces no nos damos cuenta. Esto se lo podemos pedir y esto hay que exigirlo y, en función de esto, también hay que votar, es mi opinión. Ahora, lo que no le podemos pedir es que se convierta la Unión Europea, con sus instituciones, en el garante de una tradición y una cultura, la cristiana, que es la que nos gustaría, o que realice a través de la acción política y legislativa los valores que nos gustaría que fuesen patentes y estuvieran vivos en nuestra sociedad. Esto no se lo podemos pedir.

Nos podrá gustar más o menos lo que hace, cómo se mueve, etcétera. Por ejemplo, que el Parlamento Europeo haya votado por arrolladora mayoría que se introduzca en la carta de derechos fundamentales de la Unión el derecho al aborto, me parece que es justamente la imagen de una Europa que se niega a sí misma, pero también se negaba a sí misma en las guerras de los 30 años, cuando se pasaban a cuchillo unas comunidades a otras. No nos íbamos entonces, no nos vayamos ahora.

En un mundo multipolar con nuevas amenazas de todo tipo en el ámbito militar, en el ámbito económico, en el ámbito medioambiental,

esta Unión Europea, con todas sus contradicciones, sigue siendo un espacio político basado en el derecho y en las libertades, que ofrece a sus miembros seguridad, cohesión social e instituciones democráticas. Y me podéis decir que esto a lo mejor es poca cosa, pero no es poca cosa custodiarlo, protegerlo, porque esto no existe para siempre.

Es muy importante en la situación española que estamos viviendo, estar en la Unión Europea para mí es una garantía, es un paraguas, es un dique a la arbitrariedad, es una protección de nuestras instituciones tan asaltadas, tan desgastadas en este momento. No es que la Unión Europea nos vaya a salvar ni a arreglar nuestros problemas, además no es su función, pero estar en la Unión Europea nos da una cierta garantía de confortabilidad, de seguridad y de protección y no es despreciable para mí.

Por supuesto que hace falta un discernimiento crítico de las distintas opciones, desde la experiencia de la fe, que tenga en cuenta la doctrina social de la Iglesia, a la que se refería Teresa, la experiencia concreta de nuestras comunidades tal como viven, de las obras como las que forman parte de la Compañía de las Obras, pero no solo, naturalmente, que están sobre el terreno y que ven las necesidades, lo que hace falta, lo que no, y por supuesto el magisterio del Papa y de los obispos, que tiene que ser escuchado como una palabra para iluminar el presente. Y esta palabra no es una palabra arqueológica, es decir, que tú has hablado antes de San Pablo VI, por quien tengo también una grandísima veneración, pero Pablo VI en un momento determinado dijo unas cosas en un contexto como el italiano cuando había un riesgo de que el comunismo de obediencia moscovita ganara en Italia y Pablo VI pidió a los católicos en Italia que hicieran ciertas cosas, y se entiende en aquel contexto histórico, en este contexto histórico los papas que han ido sucediéndose han dicho otras cosas, que no están en contradicción, pero las han dicho de otra manera, con otro acento y con otra manera de decir.

Tres cositas como claves de ese discernimiento que para mí tiene que ser sintético: uno, la libertad, y ahí incluyo tres cosas que me parecen fundamentales. Primero, laicidad abierta. Está clarísimo que sobre esto en Europa hay mucho vaivén; hay países, hay instituciones, hay partidos que propugnan un laicismo que, a mi modo de ver, tiene tintes cuasi totalitarios, y hay otros que postulan una laicidad abierta. Pero la raya no pasa por izquierda y derecha necesariamente; hay gente en la izquierda que está disponible para una laicidad abierta y hay gente en la derecha que más bien postula una cierta teocracia o una cierta clericalización de la política. Luego, libertad de educación, que me parece que es uno de los grandes caballos de batalla de este

momento histórico. Y, por último, un verdadero pluralismo cultural. No se trata de que no nos guste que haya otras expresiones culturales, pero cómo no los va a haber. El problema es que, entre los católicos y musulmanes, en la medida en que estén, y los agnósticos y los que buscan por la izquierda y por la derecha, puedan expresar y puedan narrar lo que viven y eso también se refleja en políticas concretas. Luego, como segunda clave, la subsidiariedad, el protagonismo de los sujetos sociales, no la tentación de que los Estados nos invadan, tanto los Estados nación como la construcción europea. También las instituciones europeas deben respetar este principio de subsidiariedad. Y, por último, tercera clave, la familia, pero no tanto intentar que los gobiernos reflejen o construyan la familia como a nosotros nos gustaría, sino más bien el reconocimiento realista y político de que la familia es un sujeto de cohesión y de paz. Y sin familia, y esto lo digo desde una perspectiva totalmente laica, sin familia será muy difícil construir esa amistad cívica a la que se refería antes Teresa. Para mí, estas tres cuestiones son básicas a la hora de decidir.

Y termino. Yo creo que no es momento de salirnos de la escena, creo que no es momento de caer en el escepticismo o en la mera reacción, sino de involucrarnos en esta construcción, por supuesto críticamente, con el bagaje de nuestra experiencia, que no es una cosa solamente de la cabeza, sino de lo que estamos haciendo, de cosas como esta, de lo que hacen las obras que suscriben este manifiesto. Muchas gracias.



Juan

Don Luis, los obispos europeos en este documento al que nos hemos referido antes han dicho, y cito literalmente: “Hoy en día, Europa y la Unión Europea atraviesan tiempos difíciles e inciertos, con una serie de crisis en los últimos años y cuestiones difíciles de afrontar en el futuro próximo, como las guerras en Europa y en sus países vecinos, la migración y el asilo, el cambio climático y la creciente digitalización y el uso de la inteligencia artificial...”. También añaden que “necesitamos políticos valientes, competentes y motivados por valores que persigan honestamente el bien común” y que lo importante es que votemos por personas y partidos que apoyen claramente el proyecto europeo y que razonablemente pensemos que promoverán nuestros valores y nuestra idea de Europa, tales como el respeto, la promoción de la dignidad de cada persona, la libertad, la subsidiariedad, el cuidado de la casa común.

La pregunta: ¿cuál es la mirada de la Iglesia respecto a Europa y, en particular, en este momento en el que la guerra ha tomado tanto protagonismo?

Don Luis Argüello

Buenas tardes, amigos. Yo voy a tratar de pasar la mirada de un obispo, de la Iglesia, de alguna forma. Ya tanto Teresa como José Luis, que forman parte de ella, han hablado.

Yo creo que es importante de nuevo caer en la cuenta de lo que nos convoca aquí esta tarde, que es un manifiesto, en el sentido de querer hacer una propuesta pública. Esto lo enlazo con la llamada fuerte que estamos recibiendo a vivir un cristianismo confesante, a ser confesores de la fe. Y digo esto incluso trayéndolo de la tradición luterana, en el momento del tiempo de los nazis y de las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en el que Bonhoeffer y otros hablan de la necesidad de un cristianismo confesante, que tenga fuerza para decir sí y no. Y sobre todo para la referencia que se ha hecho hoy aquí esta tarde a la capacidad de generar tejido social, amistad, fraternidad.

Yo, entre muchas de las personas con las que hablo estos días, estoy de visita pastoral por pueblos pequeños de mi diócesis. La gente dice que no quiere votar y uno hasta puede entenderlo. Yo, sin embargo, digo: sí, hay que votar, pero no solo hay que votar. Yo creo que en un ámbito como el nuestro y queriendo ofrecer algo desde la vida de la Iglesia a nuestros conciudadanos europeos, se trata de que ofrezcamos caridad política, que ofrezcamos la caridad que hemos paseado por las calles el día del Corpus Christi. La caridad, permitidme el subrayado vallisoletano del corazón de Jesús y de su reinaré hecha

caridad política, en la trama donde se desarrolla la vida de cada uno, de nuestras familias, de nuestras realidades. En este tiempo, que acogiendo lo que dice Francisco, pero no solo Francisco, vivimos un cambio de época, lo cual genera una de las palabras que salen en el documento de los obispos de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea (COMECE), que es incertidumbre.

Es verdad que este tiempo de incertidumbre genera en casi todos nosotros el deseo de tener un punto donde agarrarnos, de tener un enganche, un sostén, con todos los riesgos de buscar atajos. Pero en este momento en el que hay incertidumbre, se produce una llamada grande en relación con lo que has dicho tú, José Luis: el tiempo de la cristiandad se diluye, pero, sin embargo, no pasa el tiempo de hacer de la fe cultura, no pasa el tiempo de que seamos capaces de generar una fe que, encarnándose, genera estilos de vida, modos de organizar la convivencia, subrayados en las propuestas empresariales, formas de gestionar los asuntos. Eso no ha pasado. La llamada que sentimos es a una generación de cultura que ponga más la confianza en la gracia que en el poder, siendo legítimo el poder desde lo que también habéis conversado, mis compañeros de tertulia. Pero la novedad de la propuesta cristiana en la generación de cultura es una confianza mayor, un sacar del armario a la potencia que la gracia tiene de transformar la naturaleza, de abrir la libertad, de ensanchar el amor, de sostener una esperanza porque somos peregrinos hacia la vida eterna.

Desde ahí, también al hilo del documento de la COMECE, quiero comentar dos cosas y abrimos el siguiente paso. A mí me llamó mucho la atención la intervención del Papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, en el encuentro con los universitarios, en el que hizo de nuevo caer en la cuenta del vínculo que existe entre antropología, economía y política. Es algo cada vez más evidente, desde el punto de vista de que las reglas del juego de la economía y las políticas al servicio de la economía globalista dominante generan o tratan de construir una antropología, para lo cual también hay procesos de deconstrucción.

En este sentido, el caer en la cuenta de la relación que existe entre la comprensión de la persona, del matrimonio, la familia, de la economía, de la política, en el horizonte del bien común, yo creo que es una de las cuestiones decisivas de este tiempo, y que en ese sentido, a la hora de nuestros propios juicios de discernimiento político y de las propuestas que podamos hacer, todo aquello que sea capaz de integrar, de poner en relación, creo que da una verdadera perspectiva católica. La perspectiva católica, la que es capaz de poner en relación misterio trinitario, persona no reducida a individuo, matrimonio abierto a la

vida, economía del bien común y política. Habéis citado varios de los rasgos de la doctrina social de la Iglesia, me ha parecido que no ha salido uno y que le voy a citar precisamente porque en Madrid un político de fuera de España dijo que la justicia social no era importante. Y la justicia social es uno de los pilares de la doctrina social de la Iglesia. Es verdad, incluso queriendo entrar en diálogo con todo el mundo, que hay determinadas formas de plantear la justicia social, claramente asistencialistas, claramente compradoras de votos, que no merecen el nombre de justicia social, pero que la justicia social, a la hora del planteamiento que podamos hacer de la organización del común, es imprescindible planteársela. Superando una dialéctica de pensar que justicia social y subsidiariedad puedan estar enfrentados o pensar que una comprensión, incluso liberal, de lo que significa la propiedad, la libertad de mercado, la libertad de empresa, no está reñida con la justicia social, al contrario, si no hay justicia social la libertad de empresa será una apariencia, y muchas veces las empresas serán fagocitadas por otro tipo de propuestas de grandes corporaciones.

Esta es una mirada católica, como es una mirada católica el afirmar lo universal y lo particular. Con una mirada católica decimos Europa, claro que sí, y Europa en el horizonte del mundo, en esta situación tan nueva con los protagonismos de China, de India, la situación de Rusia y la guerra, lo que está pasando en África, claro, no se puede plantear una construcción europea que no tenga en cuenta todo eso. Y al mismo tiempo decimos lo particular, en el sentido de Iglesia particular, lo local. En esto la Iglesia tiene una experiencia de poder conjugar lo particular que no se hace nacionalismo y lo universal que no se hace un colectivismo sin rostro, en el que terminan produciéndose en los sujetos, en las sociedades, en los pueblos, un poco la impresión de que nos roban el alma, de que se nos van las raíces, de que se homogeniza toda la propuesta de lo que somos.

Termino con una cuestión visual. En la Europa actual hay dos tipos de viajeros: los turistas. Vivimos en un tiempo de una extraordinaria movilidad de turistas; hay personas que todo el horizonte de su vida está en el viaje que voy a hacer este fin de semana, en el viaje que voy a hacer cuando tenga un puente, en el viaje de las siguientes vacaciones. Los aeropuertos cada vez más colapsados, las calles de determinadas ciudades, sobre todo con una potencia turística grande, y eso genera dos tipos de demandas: la demanda de un personal de hostelería y la demanda de viviendas. Porque muchas de las viviendas al lado de la casa donde yo vivo en Valladolid se acaba de restaurar un edificio y nos contaba el periódico el otro día que de ese edificio restaurado en el centro de Valladolid varias de las viviendas van a ser

pisos turísticos. No digo yo que eso esté mal, pero evidentemente en la sociedad española y en la sociedad europea tenemos un fortísimo problema de vivienda, que afecta a una de las propuestas que hacemos, que es que haya familia, y que haya familia abierta a la vida y transmita la vida. Pero hay un extraordinario problema de vivienda. La hostelería, las condiciones laborales de la hostelería, la necesidad de que vengan personas de afuera y aparecen los otros viajeros que hay en Europa, los inmigrantes. Los que llegan de otros sitios, los que tienen otros problemas de vivienda, los que sufren otras condiciones laborales. Y es un poco esta cuestión también la que debe de interpelarnos a la hora de nuestro discernimiento, a la hora de la promoción de la política y a la hora de una manifestación que se haga una presencia confesante en medio de los asuntos de la vida pública en la que estamos.

Conclusión

Juan

Teresa, José Luis, Don Luis, tenéis un minuto si queréis reaccionar a alguna de las cuestiones que se han dicho o hacer algún subrayado antes de que cerremos el acto.

Teresa

Yo me sumo a lo dicho e insisto en algo que tú planteabas, José Luis. Esa Europa abierta exige que reconozcamos que hoy hay europeos que profesan confesiones religiosas distintas a la nuestra, que hay europeos que no creen en nada, que la unidad de fe nunca la vamos a recuperar, eso ya es algo que se perdió en el siglo XVII y que no va a volver nunca más. No sería bueno tampoco que peleáramos por esa unidad de fe, sino por el respeto más profundo a la libertad de conciencia, que creo que al final es eso que el poder nunca nos va a poder robar. Resistir en ese caso, desde la libertad plena, asumiendo las consecuencias, me parece que es el mayor testimonio de vida que hoy podemos dar, porque, si me permitís, no somos más que nuestro maestro y si alguno piensa en algún momento que estamos llamados a correr otra suerte distinta a la de nuestro maestro es porque cree que a Jesucristo le engañaron, o se dejó engañar, porque al final a él le llevaron a la Cruz pero a mí no me van a llevar porque para eso yo soy mucho más espabilado. Yo creo que ese es nuestro bastión hoy, defender nuestra libertad y la libertad de nuestra conciencia.

Don Luis Argüello

Pero, ¿defender la libertad de conciencia y proponerla no puede ser una forma de unidad de fe? No lo digo en el sentido de los dogmas de

la Iglesia, sino en la necesidad, para poder convivir en el mundo pluralísimo y, además, con la llegada de personas de otras realidades culturales y de todo tipo, de encontrar algunos principios, criterios claves, desde los que organizar el común y la diversidad. Porque con nuestra mente ahormada a lo largo del tiempo moderno por la dialéctica de los contrarios, y bien se ve en la explosión populista de los enfrentamientos, yo creo que uno de los aspectos de la visión católica de las cosas, que en el fondo no deja de ser una visión trinitaria, pues es buscar un punto de encuentro, un punto de encuentro desde el que gestionar la diversidad. Podemos llamarlo libertad de conciencia, podemos llamarlo, José Luis ha mencionado entre las cosas que Europa nos puede garantizar, el estado de derecho, la legalidad, la libertad, son cosas un poco, demasiado de andar por casa. Yo reivindico y haría también experiencia de algunos diálogos mantenidos con chavales en institutos en estos días, la validez que tienen, si no las 10 palabras del Sinaí, casi todas las 10 palabras del Sinaí, porque están escritas en el corazón humano. A nadie le gusta que le digan mentiras, por eso no mentirás; a nadie le gusta que le roben, no robarás. Yo creo que sí que hace falta un tipo de propuesta que vaya dirigida al corazón, a la conciencia de nuestros conciudadanos, de poder decir: hay algunos puntos de encuentro, algunos puntos donde la incertidumbre pueda encontrar en la travesía, porque eso sí, la travesía no nos la quita nadie, como algunas piedras en el vado en el río este inmenso que estamos llamados a atravesar. Yo en ese sentido no tendría miedo de decir que hace falta algunos puntos de apoyo, porque si no, en medio del relativismo moral y no solo relativismo moral sino relativismo epistemológico, si valiera la expresión, al final, ¿quién gana? El positivismo jurídico, gana el poder, el que tiene la capacidad de dictar las normas, si no hay una capacidad, incluso desde fuera de los parlamentos, de poder decir que hay un elemento de crítica desde estos por lo menos algunos pequeños puntos de apoyo. Que luego son los que echamos de menos en esta realidad española tan polarizada, para decir desde esos puntos de apoyo dialoguemos sobre los problemas reales. En ese sentido lo digo, porque si no, la convivencia basada en el respeto puede ser un respeto burgués de mírame y no me toques, y eso hace, me parece a mí, que muchos de nuestros conciudadanos digan: 'los europeos tan tolerantes, tan respetuosos, tan sin atreverse a decir que algo es blanco o que algo es negro, a lo mejor el sistema chino, el sistema de otros sitios, eso que llaman los sistemas iliberales, pues lo mismo funcionan', lo dejo ahí como una piedra. Cuando el partido comunista chino, en la gran asamblea del partido en la que sacaron al viejo presidente, que es lo único que se vio, hicieron dos cosas que han sido poco comentadas en Europa: una, cambiar su política sobre el aborto y

otra, decir que se vuelva a estudiar a Confucio en las escuelas chinas, por la necesidad de tener un referente de sabiduría, de filosofía, de espiritualidad compartido, en una realidad de cientos de millones de personas, en que las reglas del juego de la economía capitalista que se vive en China les están haciendo también individualistas. Dicen: además de demografía, cambiemos la política del hijo único y del aborto un poco menos que obligatorio, pero también necesitamos volver a releer a Confucio, aunque se lean especialmente unas páginas, aquellas páginas en las que Confucio dice que hay que obedecer al que manda.

José Luis

No puedo estar más de acuerdo con lo que dice Don Luis. Claro que echamos de menos esos puntos de referencia que puedan ser comunes. Recuerdo que estaba aquella propuesta del Papa Benedicto XVI de 'vivir como si Dios existiera' lanzada a los ateos y a los agnósticos, y hacer de esas 10 palabras del Sinaí como ese punto de referencia. Yo, ¿cómo no voy a ser partidario de eso? Lo único que digo es que hace falta que sean realmente reconocidos y compartidos, y todos sabemos por la experiencia, cada uno la tiene en su ámbito, lo duro y difícil, porque la descomposición cultural es tan profunda, lo duro y difícil que es llegar a encontrar esos puntos comunes que incluso desde otras orillas distintas de la nuestra, existe esa nostalgia y existe ese deseo. Claro, hay una diferencia con lo que plantea el partido comunista chino y es que allí se va a leer a Confucio y se van a tener hijos porque lo manda el partido y el que no lo cumpla ya sabemos lo que le espera. Mientras que aquí, con el tema de la demografía, por ejemplo, que es un tema que sabes que hemos manejado mucho últimamente, puedes expresar la cantidad de razones, incluso prácticas y objetivas, por las cuales una política demográfica activa es buena y necesaria, solamente que con eso no conseguimos que la gente tenga hijos, porque no los tiene por un razonamiento, los tiene por una gratitud, los tiene con una conciencia del bien que es la vida y todo esto se ha perdido. Entonces, todo esto es para decir que me ha fascinado toda la descripción verdaderamente católica, en su sentido más profundo, que has hecho de la realidad, perdona que te estoy tuteando. Yo creo que es la tensión en la que nosotros tenemos que estar y a veces somos capaces de traducirla de una manera más creativa, más eficaz y a veces nos chocamos con una pared, pero hay que ser muy conscientes del punto de dificultad enorme y entonces hago un reclamo a la paciencia, porque tenemos la idea de que la Europa cristiana ha sido cristiana desde el principio.

Yo he estado ahora, hace 15 días, en un monasterio en Baviera que lleva 900 años y allí están las tumbas de los monjes y tú dices, los

primeros monjes que llegaron de Irlanda, y esto sí que es una construcción europea, llegaron de Irlanda y no vieron nada, ningún fruto de su siembra, ningún fruto educativo, ningún fruto, murieron con la sensación de una derrota, es decir, muchos murieron asesinados por los bárbaros, cuyos descendientes son los que me atendían a mí en el restaurante. Entonces, tengamos paciencia también con esta siembra, porque la situación, yo no sé si es más dura o menos que la que tenían ellos, pero es dura desde luego, difícil...

Don Luis Argüello

Por eso creemos en la vida eterna, para tener paciencia, paciencia histórica, ¿eh?, no paciencia de estar en casa.

Juan

Es ya hora de terminar. En el guion ponía síntesis, cosa a la que renuncio ya de entrada, pero a lo mejor digo alguna cosa de las que me habéis suscitado al escucharos y veros, como por ejemplo decir que, desde toda perspectiva política, que las hay muchas, pues hay una que me parece muy importante que Teresa la ha mencionado. Cuando hablas de la amistad cívica, esa amistad la encarna un pueblo, pues aquí hay un pueblo. Pues que exista este lugar, que exista este pueblo no es igual a cero, evidentemente, que existan la Compañía de las Obras, Acción Social Empresarial, Economía de Comunión, no es igual a cero, es decir, somos un pueblo y estamos vivos, proponemos la fe donde podemos, como podemos, como sabemos, pero seguimos proponiendo la fe y viviendo la fe como Dios nos da a entender.

Ni el manifiesto, ni, obviamente, el debate que acabamos de tener, dan por cerrada la cuestión, está plenamente abierta y especialmente si por cuestión queremos poner en el centro 'a quién vamos a votar el domingo', pero lo que sí parece deducirse de lo que aquí hemos dicho, es que el domingo vamos a votar. Tampoco ese voto, ni el resultado que salga de las urnas dará por zanjada la cuestión, este es un trabajo que está en permanente construcción, por eso, escuchamos lo que nuestro pueblo tiene que decir en este momento histórico, nuestro pueblo que se llama Iglesia y también por eso mantenemos una actitud crítica, no una actitud conformista, ni cerrando puertas, mantenemos un diálogo porque lo que queremos por encima de todo es ayudarnos a entender cada vez más qué es lo que está en juego y desde luego creo que el diálogo que hemos tenido hoy nos ha ayudado a entender mejor qué es lo que está en juego.

¿Qué dice el manifiesto de la Compañía de las Obras? Propone votar a aquellas candidaturas políticas que tengan en el corazón un horizonte ideal tendente en lo concreto al bien común de Europa. Bien común

es una palabra que ha salido hoy, a partir de un compromiso incesante por la paz entre todos los pueblos y por la dignidad y libertad de toda persona. Ahora, de los candidatos, ¿quién propone esto? Pues lo buscáis y, segundo, contribuir de todas las maneras posibles a lanzar la Unión Europea retomando la inspiración original que motivó a sus promotores a ponerla en marcha.

No me queda sino agradecer encarecidamente a los tres vuestra disponibilidad, vuestras palabras, vuestra aportación y a todos vosotros vuestra presencia. Muchísimas gracias.